

aguijon en ristre, prontas á enroscarse en el campo de los desdichados ministros, dando breve cuenta de sus dias entre silbidos, picaduras y estrujones.» (¡Horror de los horrores!!)

No quisiera olvidarme de recomendar á vuestra benevolencia un tintero alegre y por demás saltarín que todos conoceis, á pesar de que los ejemplares van siendo cada dia mas raros, acaso porque su antigüedad y excelentes servicios le han conquistado ya el derecho á la jubilacion. Me refiéro al clásico y cómodo de asta, tintero, salvadera y guarda-plumas en una sóla pieza, constante ornato del pecho del sargento ó del furriel en campaña, y testigo y cronista á un tiempo de sangrientas escenas y gloriosas jornadas que han afligido ó llenado de orgullo el corazon de la Pátria.

No creo empañar en lo más mínimo el lustre de su preclara historia, mentando de pasada la inocente complicidad que pueda haber tenido en las *sisas* de la compañía, como activo auxiliar de sus integérrimos y escrupulosos dueños.

Sin duda para confirmar la ley de las compensaciones, así como hay *tintas simpáticas* hay tambien *tinteros antipáticos* y repulsivos. Y he oido de un estudiante desaplicado que si la misma caja de Pandora se expusiera ante sus ojos, no le produciría el espantable efecto que despertaba en su ánimo la reluciente escribanía de la mesa del tribunal de exámenes, donde sus catedráticos mojaban impasibles la pluma para escribir todos los años al lado de su nombre el acostumbrado y aterrador «suspenso.»

Tampoco os hará maldita la gracia el tintero del Galeno que, por distraccion ó ignorancia, en vez del apetecido remedio, le propina al confiado doliente, disuelto en caparrosa y jugo de agallas, seguro pasaporte para el otro mundo. Hé aquí un tintero que, por artístico y elegante que sea, me ha parecido siempre que tiene forma de ataúd.

Cuando Quevedo dijo que «no hay nada en el mundo que crezca tanto como culpa en manos de curial,» cometió una inperdonable omision no hablándonos del tintero del idem. Su gráfica é incisiva frase era tan sólo capaz de fotografiarnos el tintero curialesco, verdadero *mar negro* en cuyos insondables y erizados escollos naufragan casi siempre el sosiego y la bolsa del mísero litigante que se abandona á la voracidad de sus olas.

Al llegar á este apartado, os suplico que salteis por encima de él, pues en la estraña revista que estoy pasando me topo de manos á boca con un tintero horrible, sangriento, tal vez criminal: el del juez que firma una sentencia de muerte.—Apartemos los azorados ojos de tan horripilante espectro.....